

# El Archivo de Sherlock Holmes

- 3 -

## La aventura del hombre que reptaba

Sherlock Holmes opinó siempre que yo debía publicar los hechos rarísimos relacionados con el profesor Presbury aunque sólo fuese para disipar, de una vez para siempre, todos aquellos feos rumores que hará veinte años revolucionaron la Universidad y que hallaron eco en las sociedades doctas de Londres. Pero surgieron determinados obstáculos y la auténtica historia de este curioso caso permaneció sepultada en la caja de hojalata que encierra tantos relatos de las aventuras de mi amigo. Pero al fin hemos logrado la autorización necesaria para airear los hechos de uno de los últimos casos en que intervino Holmes antes de retirarse de sus actividades profesionales. Hoy mismo, es preciso dar pruebas de cierta reserva y discreción al exponer ante el público el asunto.

Fue durante la velada de un domingo de principios de septiembre del año 1903 cuando recibí uno de los lacónicos mensajes de Holmes:

*«Venga inmediatamente si no hay algún obstáculo, y no deje de venir aunque lo haya.»*

*S. H.».*

Nuestras relaciones en esa última etapa eran muy especiales. Holmes era hombre de rutinas, de rutinas limitadas y concentradas; yo era una de esas rutinas. Como institución, era yo igual que el violín, el tabaco fuerte de hebra, la vieja pipa ennegrecida, los volúmenes de índices y otras menos disculpables quizá. Cuando se trataba de casos que requerían moverse activamente y en los que se necesitaba un compañero en cuyo temple podía él confiar hasta cierto punto, mi papel saltaba a la vista. Pero, aun fuera de esos aspectos, yo le servía. Yo era la piedra de afilar en la que se aguzaba su inteligencia. Yo lo estimulaba. Le gustaba pensar en voz alta estando yo delante. No se podía decir que sus observaciones iban dirigidas a mí (muchas de ellas podían ir dirigidas lo mismo a su cama que a mí); pero, una vez adquirida la rutina, le agradaba hasta cierto punto que yo tomase nota y que interviniese. Si esa especie de lentitud metódica de mi mentalidad lo irritaba, esa irritación servía únicamente para que sus llamaradas de intuición y sus impresiones estallasen con mayor viveza y rapidez. Ése era mi humilde papel en nuestra alianza.

Cuando llegué a Baker Street me lo encontré hecho una pelota en su sillón, con las rodillas en alto, la pipa en la boca y el ceño surcado de meditaciones. Era evidente que se hallaba en las torturas de algún molesto problema. Me señaló con un vaivén de la mano mi viejo sillón; fuera de eso, no dio durante media hora señales de que advirtiese que yo estaba allí. De pronto, con una señal de disgusto, pareció arrancarse de sus ensoñaciones, y acompañando sus palabras con la extraña sonrisa que le era habitual, me dio la bienvenida a la que había sido, en otro tiempo, mi casa, diciendo:

—Mi querido Watson, sabrá usted disculpar este ensimismamiento. En las últimas veinticuatro horas han sido sometidos a mi consideración algunos hechos curiosos, y éstos han dado origen a su vez a determinadas meditaciones de carácter más general. Estoy pensando seriamente en escribir una pequeña monografía acerca de los usos de los perros en las tareas de los detectives.

—Mire, Holmes, ése es un tema que ya ha sido explorado. Los sabuesos, los podemos... —le contesté yo.

—No, no es eso, Watson; desde luego, ese aspecto del problema es evidente. Pero existe otro mucho más útil. Quizá recuerde que en el caso que usted, con sus métodos sensacionalistas asoció con las «Hayas Cobrizas», conseguí, estudiando el alma del niño, deducir los hábitos criminales del muy relamido y respetable padre.

—Sí; lo recuerdo bien.

—La dirección de mis pensamientos respecto a los perros es análoga. El perro refleja la vida de la familia. ¿Quién vio alguna vez un perro juguetero en una familia triste, o un perro melancólico en una familia feliz?; las personas gruñonas y agresivas tienen perros gruñones y agresivos, las personas peligrosas tienen perros peligrosos. Quizás en las alteraciones de los humores de los perros se refleja la diversidad de humores de sus amos.

Yo moví la cabeza con una fuerte expresión de duda, y dije:

—Me parece, Holmes, que eso es traer las cosas por los pelos. —Mi amigo volvió a llenar la pipa y a sentarse en su sillón, sin darse por enterado de mi comentario.

—La aplicación práctica de eso que acabo de decir tiene relación estrecha con el problema que estoy investigando. Compréndame. Es una madeja muy enredada y ando buscando un cabo suelto. Quizás ese cabo está en la pregunta: ¿por qué Roy, el fiel perro lobo del profesor Presbury, se lanza a morderlo?

Me recosté en el respaldo de mi sillón, algo desilusionado. ¿Para resolver un problema tan fútil como éste me había sacado de mis ocupaciones? Holmes me miró, y me dijo:

— ¡Siempre el mismo, viejo Watson! Jamás comprenderá usted que los más graves problemas pueden depender de las cosas más insignificantes. Pero ¿no resulta extraño, así, de pronto, que un fisiólogo ecuánime y anciano, me imagino que habrá usted oído hablar de Presbury, el célebre fisiólogo de Camford, resulta extraño, digo, que un hombre así, que ha tenido siempre a su perro lobo como el más adicto de sus amigos, se haya visto estos días acometido por él dos veces? ¿Qué saca usted en consecuencia?

— Que el perro está enfermo.

— Sí, también eso hay que tomarlo en cuenta. Pero el hecho es que el perro no ataca a nadie más, y que por lo visto tampoco molesta a su amo, sino en circunstancias muy especiales. Es curioso, Watson, muy curioso. Si quien llama ahora al timbre es el joven Bennett, se ha adelantado a la hora de la cita.

Se oyeron pasos rápidos en la escalera, llamaron con golpes vivos a nuestra puerta, y un instante después se presentó nuestro cliente.

Era un joven alto y bello, de unos treinta años, bien vestido y elegante, pero con algo en su porte que hacía pensar más bien en un estudioso que en el aplomo de un hombre de mundo. Cambió un apretón de manos con Holmes y luego me miró a mí con cierta sorpresa...

— Señor Holmes, éste es un asunto muy delicado. Tenga en cuenta cuáles son mis relaciones, tanto las privadas como las públicas, con el profesor Presbury. No creo que tenga justificación que yo hable delante de una tercera persona.

— Nada tema, señor Bennett. El doctor Watson es la esencia misma de la discreción y le aseguro que es muy probable que yo tenga que necesitar un colaborador en este asunto.

— Como usted guste, señor Holmes. Estoy seguro de que le vendrá bien que yo adopte ciertas reservas en el asunto.

— Usted comprenderá esta actitud, Watson, si le digo que este caballero, el señor Trevor Bennett, es ayudante profesional del gran hombre de ciencia, que vive bajo su mismo techo, y que es novio oficial de su hija. Tenemos, entonces, que convenir en que el profesor tiene todos los títulos para contar con su lealtad y su adhesión. La mejor manera de demostrársela es dar los

pasos necesarios para poner en claro este extraño misterio. —Así lo espero, señor Holmes. Eso es lo que me propongo. ¿Conoce el doctor Watson la situación?

—No tuve tiempo de explicárselo.

—Entonces, quizá sea preferible que yo vuelva otra vez sobre el tema, antes de pasar a exponer algunas novedades ocurridas.

—Me encargaré de ello yo mismo —dijo Holmes—, para demostrarle de ese modo que recuerdo los hechos en su orden debido. El señor profesor es hombre que goza de fama europea, Watson. Toda su vida ha transcurrido dentro de las normas tradicionales. Nunca dio ocasión en ella ni a un asomo de escándalo. Es viudo y tiene una sola hija, Edith. Según tengo entendido, es hombre de temperamento viril y enérgico, casi pudiéramos decir combativo. Tal era la situación hace algunos meses.

»Entonces y de pronto varió la corriente de su vida. A pesar de que tiene sesenta y un años, se comprometió para casarse con la hija del profesor Morphy, colega suyo en la cátedra de Anatomía comparada. No era, como lo entiendo, el cortejo razonable de un hombre envejecido, sino el apasionado frenesí de la juventud, porque nadie pudo mostrarse como el amante más leal. La señorita, Alice Morphy, era una muchacha perfecta en mente y cuerpo, así que esa era toda la excusa para el enamoramiento del profesor. Sin embargo no se encontró con la total aprobación de su propia familia.

—Pensamos que, más bien, es excesivo —dijo nuestro visitante.

—Exactamente. Excesivo y un poco violento y antinatural. El profesor Presbury era rico, de todos modos, y no había objeción por parte del padre. La hija, sin embargo, tenía otros criterios, y había varios candidatos para su mano, quienes, si fueran menos elegibles desde un mundano punto de vista, eran por lo menos mayores de edad. A la muchacha parecía gustarle el profesor por el espíritu de su excentricidad. Era solamente la edad lo que se interponía.

»Durante este tiempo un pequeño misterio repentinamente nubló la normal rutina de la vida del profesor. Hizo lo que nunca había hecho antes. Dejó su casa y no dio indicaciones acerca de a dónde iba. Se alejó durante quince días y regresó pareciendo bastante fatigado por el viaje. No hizo alusión a dónde había estado a pesar de que era usualmente el más sincero de los hombres. Ocurrió, sin embargo, que nuestro cliente aquí presente, el señor Bennett, recibió una carta de un compañero de estudios en Praga, quien dijo que estaba contento de haber visto al profesor Presbury allí, pese a que no fue capaz de hablarle. Solamente de esta forma su propia familia se enteró de dónde había estado.

»Ahora viene el punto. Desde este momento un curioso cambio sobrevino al profesor. Se volvió furtivo y astuto. Aquellos a su alrededor tenían siempre el sentimiento de que no era el hombre que ellos habían conocido, sino que estaba bajo alguna sombra la cual había oscurecido sus más altas cualidades. Su intelecto no fue afectado. Sus conferencias eran tan brillantes como de costumbre. Pero siempre había algo nuevo, algo siniestro e inesperado. Su hija, quien estaba dedicada a él, trató una y otra vez de reanudar las viejas relaciones y penetrar esta máscara que su padre parecía ponerse. Usted, señor, según tengo entendido, obró de la misma manera; pero todo en vano. Y ahora, señor Bennett, explique con sus propias palabras el incidente de las cartas.

—Debe saber, doctor Watson, que el profesor no tenía secretos para mí. Ni aunque hubiese sido su hijo o un hermano más joven, habría yo podido gozar de una manera más completa de sus confidencias. Como su secretario, pasaban por mi mano todos los documentos que llegaban para él, y tenía el encargo de abrir y de clasificar las cartas que recibía. Todo eso cambió al poco de su regreso. Me dijo que recibiría de Londres algunas cartas que vendrían señaladas con una cruz debajo del sello de correos. Esas cartas debía ponerlas a un lado, porque sólo él tenía que leerlas. En efecto, pasaron por mis manos varias cartas de esa clase, que traían la marca «E. C.» y estaban escritas con letra de persona inculta. Si el profesor contestó a ellas, las respuestas en todo caso no pasaron por mis manos, ni fueron a parar al cesto de las cartas en las que se recoge la correspondencia.

—Explique también lo de la caja —dijo Holmes.

—Ah, sí, la caja. El profesor se trajo al regresar de sus viajes, una cajita de madera. Era la única cosa que hacía pensar en que él había viajado por el continente, porque es uno de esos curiosos trabajos tallados que uno asocia con la imagen de Alemania. Esta cajita la colocó en su vitrina del instrumental. Cierta día, buscando yo una cánula, tomé la caja. Para mi sorpresa, esto puso furioso al profesor, que me reprendió con palabras completamente duras por mi curiosidad. Era la primera vez que ocurría semejante cosa y aquello me hirió profundamente. Intenté hacerle comprender que yo había tocado la caja por pura casualidad, pero tuve conciencia durante toda la velada de que el profesor me miraba con aspereza y de que el incidente aquel estaba enconando su alma.

Bennett sacó del bolsillo un pequeño diario, y dijo:

—Esto ocurrió el día 2 de julio.

—Serviría usted desde luego para testigo de una manera admirable —dijo Holmes—. Quizá me sean necesarias algunas de esas fechas que ha anotado.

—Entre otras cosas que yo he aprendido de mi gran maestro, figura la del método. Desde el momento en que observé una anormalidad en su conducta, me pareció que era mi deber estudiar su caso. Por eso tengo aquí anotado que fue en ese mismo día, 2 de julio, cuando Roy se abalanzó sobre el profesor, al salir éste de su despacho al vestíbulo. El día 11 de julio se repitió una escena del mismo estilo, y aún tengo anotada otra más: el día 20 de julio. Después de esta fecha tuvimos que confinar a Roy en las caballerizas. Se trata de un animal encantador y muy cariñoso; mucho me temo que los estoy cansando.

Bennett dijo estas palabras en tono de censura, porque saltaba a la vista que Holmes no prestaba atención. Tenía la cara rígida y sus ojos miraban abstraídos el cielo raso. Volvió en sí haciendo un esfuerzo y murmuró:

—¡Muy extraño, por demás extraño! Estos detalles son nuevos para mí, señor Bennett. Creo que con esto hemos repasado bien todo lo anterior, ¿verdad? Usted habló antes de nuevas incidencias.

La cara agradable y sincera de nuestro visitante se ensombreció, y como si la nublara algún recuerdo desagradable, dijo:

—Esto de lo que voy a hablar ocurrió anteanoche. Estaba yo acostado pero despierto a eso de las dos de la madrugada, cuando percibí, como si llegara del pasillo, un ruido apagado y blando. Abrí la puerta y miré. Debo decir que el profesor duerme al final del pasillo...

—¿La fecha de eso fue...? —preguntó Holmes.

Nuestro visitante se mostró claramente molesto ante una interrupción tan extemporánea.

—He dicho ya que eso ocurrió anteanoche, es decir, el 4 de septiembre.

Holmes asintió con la cabeza y le sonrió, agregando:

—Por favor, siga.

—Duerme, como digo, al final del pasillo, y para llegar hasta la escalera tenía que cruzar por delante de mi puerta. Señor Holmes, aquélla fue una experiencia aterradora. Yo me considero tan bien templado de nervios como cualquiera, pero lo que vi me consternó. El pasillo estaba a oscuras, sin más luz que la mancha luminosa de una ventana situada hacia la mitad del mismo. Me di cuenta de que por el pasillo avanzaba algo, algo oscuro y que caminaba como un reptil. ¡Reptaba, señor Holmes, reptaba! No caminaba totalmente sobre manos y rodillas. Yo diría que caminaba más bien sobre

sus manos y sus pies, con la cara hundida entre aquéllas. Sin embargo, parecía moverse con facilidad. La vista de aquello me paralizó de tal manera que no pude salir y preguntarle si podía servirle de algo hasta que él llegó a mi puerta. Su reacción fue extraordinaria. Se irguió de golpe, me escupió con algunas frases horribles, pasó corriendo por delante de mí y bajó por la escalera. Esperé cosa de una hora, pero él no regresó. Debió de hacerlo cuando ya había amanecido.

—¿Qué saca usted de todo eso, Watson? —preguntó Holmes con aires de patólogo que presenta un ejemplar raro.

—Quizás un lumbago. He conocido un caso fuerte de esta enfermedad que obligó a un hombre a caminar así. No hay cosa que irrite más el genio.

—¡Bien, Watson! Usted nos obliga siempre a permanecer con los pies pegados al suelo, pero en este caso no hay manera de conformarse con el lumbago, ya que le fue posible erguirse en un momento.

—Jamás fue mejor su salud —dijo Bennett—; a decir verdad, en muchísimos años no lo he visto tan fuerte como ahora. Ahí tiene usted los hechos, señor Holmes. No es éste un caso como para consultar con la policía, pero lo cierto es que estamos completamente desorientados sobre lo que hay que hacer, y tenemos una especie de presentimiento de que vamos hacia un desastre. Edith, es decir, la señorita Presbury, participa de mi criterio, ya no podemos seguir esperando pasivamente.

—Desde luego que es un caso rarísimo y muy sugestivo. ¿Qué opina usted, Watson?

—Hablando en mi calidad de médico —le contesté—, yo diría que es un caso para que intervenga un alienista (en referencia a un psiquiatra). Ese noviazgo perturbó los procesos cerebrales del anciano. Viajó por el extranjero con la esperanza de arrancar esa pasión que sentía. Quizá sus cartas y la cajita tengan relación con algún otro asunto particular; quizás un préstamo o certificado de acciones, que él guarda en la cajita.

—Naturalmente, y el perro lobo está en contra de esa operación financiera. No y no, Watson; en esta cuestión hay algo más. Yo quizá sugeriría...

Nunca se sabrá lo que Sherlock Holmes estaba a punto de sugerir, porque en ese instante se abrió la puerta y entró en la habitación una joven. Al aparecer ella, el señor Bennett se puso de pie, dejando escapar una exclamación, y avanzó precipitadamente con las manos extendidas para recibir en ellas las que ella también ofrecía.

—¡Edith, querida! Supongo que no habrá ocurrido nada, ¿verdad?

—Sentí el impulso irresistible de seguirte. ¡Oh, Jack, qué miedo tan grande he pasado! Es espantoso quedarse allí sola.

—Señor Holmes, ésta es la joven de la que le he hablado, mi prometida.

—Sí, poco a poco íbamos llegando a esa conclusión, ¿verdad, Watson? — contestó Holmes con una sonrisa—. Me imagino, señorita Presbury, que se ha producido alguna novedad en este caso, y que usted pensó que deberíamos conocerla, ¿no es así?

Nuestra visitante, joven, hermosa y llena de vida, del tipo corriente de jóvenes inglesas, devolvió la sonrisa a Holmes, al sentarse cerca de Bennett.

—Al encontrarme con que el señor Bennett había salido de su hotel, pensé que probablemente lo encontraría aquí. Claro está que ya me había anunciado que vendría a consultarlo. ¡Ay, señor Holmes! ¿No puede hacer nada por mi pobre padre?

—Espero que sí, señorita Presbury, pero el caso se presenta todavía confuso.

Quizá lo que usted tiene que decirnos arroje sobre el mismo alguna luz nueva.

—Señor Holmes, lo que voy a decirle ocurrió la noche pasada. Mi padre se había mostrado durante todo el día muy raro. Estoy segura de que hay ocasiones en las que no le queda recuerdo de lo que hace. Vive como en un ensueño extraordinario. El día de ayer fue uno de éstos. No era mi padre aquella persona con la que yo estaba viviendo. Su corteza exterior estaba allí, pero no era él, de una manera real y verdadera.

—Cuénteme lo que ocurrió.

—Me despertaron durante la noche los furiosos ladridos del perro. Al pobre Roy lo tenemos ahora encadenado en las caballerizas. Yo duermo siempre con mi puerta cerrada con llave, porque, como Jack, como el señor Bennett... le dirá, todos tenemos un sentimiento de peligro inminente. Mi habitación está en el segundo piso. Sucedió que la persiana de mi ventana estaba abierta, y el exterior estaba iluminado por el brillo de la luz de la luna. Como estaba acostada con mis ojos clavados sobre el cuadrado de luz, escuchando a los frenéticos ladridos del can, me quedé asombrada de ver la cara de mi padre mirándome a través de la ventana. Señor Holmes, casi morí de sorpresa y horror. Estaba presionada contra el cristal de la ventana, y una mano pareció elevarse como si empujara la ventana. Si esa ventana se hubiera abierto, pienso que me hubiera vuelto loca. No fue una falsa ilusión, señor Holmes. No se engañe pensando en eso. Me atrevo a decir que fueron



veinte segundos o algo así que me quedé paralizada observando su cara. Entonces desapareció, pero no pude... no pude saltar de la cama y mirar hacia afuera después de aquello. Yací fría y temblando hasta la mañana. En el desayuno estaba incisivo y feroz en su conducta, y no hizo alusión a la aventura de la noche. Ninguno lo hizo, pero le di una excusa para venir a la ciudad... y aquí estoy.

Holmes observó cuidadosamente, sorprendido por la narración de la señorita Presbury:

—Mi estimada señorita, dice que su habitación está en el segundo piso. ¿Hay alguna escalera larga en el jardín?

—No, señor Holmes, esa es la parte asombrosa. No hay ninguna manera posible de alcanzar la ventana... y con todo ahí estaba.

—Y la fecha fue el 5 de septiembre —dijo Holmes—. Eso ciertamente complica el asunto.

Fue el cambio de actitud de Holmes, lo que produjo una mirada de sorpresa en la señorita.

—Esta es la segunda vez que hace alusión a la fecha, señor Holmes —dijo Bennett—. ¿Es posible que tenga alguna relación con el caso?

—Es posible... muy posible... pero aún no tengo completo el esquema de pensamiento.

—¿Posiblemente está pensando en la conexión entre el delirio y las fases de la luna?

—No, se lo aseguro. Era una línea de pensamiento diferente. Posiblemente pueda dejar su cuaderno de notas y yo comprobaré las fechas. Watson, creo que ahora está perfectamente clara nuestra línea de acción. Esta señorita nos ha informado, y yo tengo la máxima confianza en su intuición, de que su padre recuerda poco a nada de las cosas que le ocurren en determinadas fechas. Iremos, entonces, a visitarlo como si nos hubiese dado una cita en una de esas fechas en cuestión. Lo atribuiré a su falta de memoria. De ese modo, iniciaremos nuestra campaña con un estudio del profesor hecho de cerca.

—Me parece magnífico —dijo el señor Bennett—. Les advierto, sin embargo, que el profesor es a veces irascible y violento.

Holmes se sonrió.

—Existen razones para que nosotros vayamos a visitarlo inmediatamente, razones muy poderosas si mis teorías resultan verdaderas; señor Bennett, el día de mañana nos verá con toda seguridad en Camford. Si mal no recuerdo, existe allí un mesón llamado Chequers, en el que sirven un oporto superior a lo corriente y en el que no hay un «pero» que poner a las ropas de cama. Watson, creo que los próximos días nos va a tocar vivirlos en lugares menos agradables.

El lunes por la mañana íbamos camino de la ciudad célebre por su Universidad, lo cual no significó para Holmes ningún esfuerzo, porque él no tenía raíces que arrancar, pero supuso para mí una serie de planes y precipitaciones, porque por aquel entonces mi clientela era bastante considerable. Holmes no hizo la menor alusión al caso hasta después que tuvimos depositados nuestros maletines en el antiguo mesón del que había hablado.

—Creo, Watson, que podemos encontrar al profesor momentos antes de almorzar. Da su lección a las once y es seguro que permanecerá algún tiempo en su casa.

—¿Y qué excusa podemos darle para nuestra visita?

Holmes consultó su librito de notas.

—El día 26 de agosto hubo un período de excitación. Partiremos del supuesto de que en esos períodos sólo conserva un recuerdo confuso de sus acciones. Si nosotros insistimos en que hemos acudido allí porque él nos citó, creo que es difícil que se arriesgue a contradecirnos. ¿Se siente con la cara dura necesaria para llegar hasta el fin?

—No tenemos más que intentarlo.

—¡Magnífico, Watson! Algo así como una mezcla de «siempre adelante» y «manos a la obra». No tenemos más que intentarlo. Es la divisa de la firma. Encontraremos, con seguridad, algún amistoso nativo del pueblo que nos sirva de guía.

Alguien así, en la parte trasera de un magnífico taxi, nos hizo pasar a toda velocidad por delante de una hilera de colegios antiguos, desembocó por último en una avenida de carruajes bordeada de árboles y se detuvo delante de la puerta de una casita encantadora rodeada de césped y cubierta de glicina purpúrea (una planta de origen chino). Indudablemente, el profesor Presbury vivía rodeado según todos los indicios, no sólo del confort, sino del lujo. En el momento en que el coche se detenía, aparecía en la ventana delantera una cabeza plateada, y nos dimos cuenta de que un par de ojos penetrantes nos examinaba, al abrigo de unas cejas hirsutas y a través de unos anteojos de

gruesa montura. Un momento después, nos encontramos dentro de su santuario y delante de nosotros estaba el misterioso hombre de ciencias cuyas extravagancias nos habían hecho venir desde Londres. Indudablemente, ni en sus maneras, ni en su aspecto se advertía ninguna señal de excentricidad, porque era un hombre grueso, de facciones voluminosas, serio, alto, vestido de levita, con toda la dignidad en el porte que requiere un profesor. Lo más notable de su cara eran los ojos, vivos, observadores y avispados, casi astutos.

Examinó nuestras tarjetas y nos dijo:

—Siéntense, caballeros, por favor. ¿En qué puedo servirles?

Holmes sonrió con amabilidad, y dijo:

—Ésa era precisamente la pregunta que yo iba a hacerle, profesor.

—¡A mí, señor!

—Quizá se trate de un error. Yo me enteré por intermedio de otra persona de que el profesor Presbury, de Camford, necesita en estos momentos de mis servicios.

—¡Ah, sí!

A mí me pareció que en aquellos intensos ojos grises había un centelleo de malicia.

—¿Eso fue lo que le dijeron? —prosiguió—. ¿Y puedo preguntarle el nombre de su informador?

—Lo siento mucho, profesor, pero se me habló de un terreno bastante confidencial. Si he cometido un error, nada se ha perdido; sólo me queda expresarle que lo lamento.

—Nada de eso. Desearía profundizar más en ese asunto. Me interesa. ¿Puede mostrarme un escrito cualquiera, una carta o un telegrama, en apoyo de su afirmación?

—No; no los tengo.

—Supongo que no llegaría al extremo de afirmar que fui yo mismo quien lo llamó.

—Preferiría no contestar a ninguna pregunta —dijo Holmes.

—No, claro que no —dijo el profesor con aspereza—. Sin embargo, a esta pregunta concreta se puede contestar muy fácilmente sin su ayuda.

Cruzó la habitación hacia la campanilla. Nuestro amigo de Londres, el señor Bennett, acudió en seguida a la llamada.

—Adelante, señor Bennett. Estos dos caballeros vienen desde Londres bajo la impresión de que han sido llamados. Usted maneja mi correspondencia. ¿Tiene una carta o algo que se haya dirigido a una persona de apellido Holmes?

—No, señor —contestó Bennett, ruborizándose.

—Esa prueba es terminante —dijo el profesor, clavando sus ojos irritados en mi compañero.

Luego se inclinó hacia adelante, apoyando sus dos manos encima de la mesa, y agregó:

—Y ahora, señor, me está pareciendo que su posición es muy discutible.

Holmes se encogió de hombros y contestó:

—Sólo puedo repetir que lamento muchísimo este entretenimiento innecesario.

—¡De ninguna manera, señor Holmes! —exclamó el anciano con voz chillona y con una expresión de extraordinaria malignidad en su cara. Mientras hablaba, se interpuso entre nosotros y la puerta, y blandió sus dos manos hacia nosotros con furiosa exaltación—. No va a salir del paso con tanta facilidad.

Tenía el rostro convulsionado y nos miraba enseñando los dientes y farfullando, poseído de un furor insensato. Estoy convencido de que nos habríamos visto obligados a abrirnos paso para salir a fuerza de puños, de no haber sido por la intervención de Bennett.

—Querido profesor —exclamó—, ¡tenga en cuenta su posición! ¡Piense en el escándalo que se produciría en la Universidad! El señor Holmes es una persona muy conocida y usted no puede tratarlo de ningún modo con tal descortesía.

Nuestro anfitrión (si así podemos llamarlo) dejó libre, con semblante muy huraño, el camino de la puerta. Nos alegramos al vernos fuera de la casa, y en el sosiego de la avenida de carruajes bordeada de árboles. Holmes parecía sumamente divertido con el incidente, y dijo:

—Nuestro docto amigo tiene sus nervios algo desequilibrados. Quizá nuestro entretenimiento fue un poco torpe; sin embargo, hemos conseguido el contacto personal que yo deseaba. Pero ¡por mi vida, Watson, que ese hombre nos sigue! Tenemos a esa mala persona pisándonos los talones.

Oímos a espaldas nuestras los pasos de alguien que corría, pero, con gran alivio mío, no resultó ser el formidable profesor, sino su ayudante, el que surgió del recodo que formaba la avenida. Se nos acercó jadeante, y dijo:

—Lo siento muchísimo, señor Holmes. Quería disculparme.

—No hacen falta disculpas, querido señor. Estas cosas son propias de nuestra profesión.

—No lo he visto nunca de humor más peligroso. Pero es que cada vez se nos presenta más siniestro. Ahora podrá comprender por qué razón estamos alarmados su hija y yo. Y, sin embargo, su cerebro rige perfectamente.

—¡Demasiado bien! —exclamó Holmes—. Ahí es donde calculé yo mal. Es evidente que su memoria funciona mucho mejor de lo que yo había pensado. A propósito, ¿podríamos ver, antes de irnos, la ventana del cuarto de la señorita Presbury?

El señor Bennett se abrió camino a través de algunos arbustos, y tuvimos una vista del lado de la casa.

—Es esa. La segunda a la izquierda.

—Mi estimado señor, parece difícilmente accesible. Y aún con todo esto observará que hay una hiedra debajo y una cañería de agua encima que podrían dar algún punto de apoyo.

—No podría trepar por mí mismo —dijo el señor Bennett.

—Muy probablemente. Sería ciertamente una hazaña peligrosa para cualquier hombre normal.

—Hay otra cosa que quería decirle, señor Holmes. Tengo la dirección del hombre en Londres a quien el profesor le escribe. Parece que ha sido escrita esta mañana, y lo tengo de su papel secante (papel muy absorbente perfecto para escribir con tinta). Es un acto innoble para un secretario de confianza, ¿pero qué más podía hacer?

Holmes observó el papel y lo puso en su bolsillo.

—Dorak... un nombre curioso. Esloveno, imagino. Bien, es un importante eslabón de la cadena. Regresamos a Londres mañana, señor Bennett. No veo ninguna buena razón para que alarguemos nuestra estancia aquí. No podemos arrestar al profesor porque no ha cometido ningún crimen, ni podemos ponerlo bajo vigilancia, porque no ha mostrado signos de estar loco. No es posible tomar ninguna acción por ahora.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

—Un poco de paciencia, señor Bennett. Los acontecimientos se desarrollarán muy pronto. A menos que esté equivocado, el próximo martes puede producirse una crisis. Ciertamente deberíamos estar en Camford ese día. Mientras tanto, la posición general es indiscutiblemente desagradable, y si la señorita Presbury puede prolongar su visita...

—Eso es fácil.

—Entonces permita que permanezca hasta que le aseguremos que todo el peligro ha pasado. Mientras tanto, déjele hacer su voluntad y no se entrometa. Mientras esté de buen humor todo irá bien.

—¡Ahí está! —dijo Bennett en un sobresaltado susurro.

Mirando por entre las ramas, vimos que la figura alta y erguida del profesor salía de la puerta del vestíbulo y miraba en derredor suyo. Tenía el cuerpo inclinado hacia adelante, imprimía a sus dos manos un movimiento de balanceo en línea recta y ladeaba la cabeza de un lado a otro. El secretario se despidió de nosotros con un postrer vaivén de la mano y se escabulló por entre los árboles; poco después lo vimos reunirse con su jefe y ambos entraron juntos a la casa, manteniendo lo que nos pareció una conversación animada, e incluso llena de excitación.

Mientras caminábamos hacia el hotel, dijo Holmes:

—Creo que el viejo ha estado atando cabos. Me produjo la impresión, por lo poco que de él he podido ver, que posee un cerebro extraordinariamente despejado y lógico. Desde luego, se ha mostrado explosivo, pero tengamos en cuenta que desde su punto de vista tiene algún motivo para enfurecerse si alguien pone a los detectives sobre su pista y él sospecha que la cosa procede de las personas mismas que viven en su casa. Estoy pensando que el amigo Bennett va a pasar por momentos desagradables.

Holmes se detuvo en una sucursal de correos y envió un telegrama. La contestación nos llegó durante la velada, y Holmes me la entregó.

*«He visitado la Commercial Road y hablado con Dorak. Hombre bondadoso, de Bohemia, anciano. Tiene gran almacén de artículos varios.*

**MERCER».**

—Tengo a Mercer desde que usted se marchó —dijo Holmes—. Lo utilizo para todo y se ocupa de la rutina del negocio. Me era importante saber algo del hombre con quien el profesor mantiene una correspondencia tan reservada; su nacionalidad permite relacionarlo con la visita que el profesor hizo a Praga.

—Gracias a Dios que encontramos algo que puede relacionarse con algo —dije yo—. Por el momento, parece que nos encontramos frente a una larga serie de incidentes inexplicables y totalmente desconectados unos de otros. Por ejemplo, ¿qué relación posible puede establecerse entre un perro lobo furioso y una visita a Bohemia o entre cualquiera de esas dos cosas y un hombre que camina de noche reptando por el pasillo de la casa? En cuanto a sus fechas, resultan la mayor mistificación de todo.

Holmes se sonrió y se frotó las manos. Convendría que diga que estábamos sentados en la vieja sala del antiguo mesón, con una botella de la afamada cosecha de que Holmes había hablado, encima de la mesa que nos separaba. Esperé sus palabras.

—Bien, empecemos por la cuestión de las fechas —dijo, juntando las yemas de los dedos y como si estuviera aleccionando a una clase—. El diario de este excelente joven demuestra que el día 2 de julio se produjeron incidentes. Desde esa fecha, parece que el hecho se repite con intervalos de nueve días, con sólo una excepción que yo recuerde. El último estallido tuvo lugar el viernes 3 de septiembre, lo cual concuerda también con ese período, lo mismo que el día 26 de agosto que le precedió. Sin duda, algo más que una coincidencia.

No tuve más remedio que asentir.

—Establezcamos, entonces, de una manera provisional la teoría de que el profesor toma una vez cada nueve días alguna droga de gran fuerza y que sufre sus efectos altamente venenosos, pero pasajeros. Su temperamento, que es ya de por sí arrebatado, se hace todavía más impredecible. El profesor se acostumbró a esa droga cuando estuvo en Praga, y ahora se la suministra un bohemio que vive en Londres y que actúa de intermediario. Todo eso encaja perfectamente, Watson.

—Pero ¿y el perro, la cara en la ventana, el hombre que reptaba por el pasillo?

—Bueno, bueno; tenemos ya un inicio. Hasta el próximo martes no espero que ocurra ninguna novedad. Mientras tanto, no podemos hacer otra cosa que mantenernos en contacto con el amigo Bennett y disfrutar de las delicias de esta encantadora ciudad.

Bennett se las arregló a la mañana siguiente para venir a traernos el último informe. Tal como Holmes se lo había imaginado, había pasado verdaderos apuros. Sin llegar a acusarlo concretamente de que era responsable de nuestra presencia, el profesor le había hablado en términos rudos y ásperos, siendo evidente que estaba muy resentido. Sin embargo, por la mañana había vuelto a ser el mismo de siempre y había pronunciado su brillante lección de costumbre ante una clase muy concurrida.

—Aparte de esos extraños accesos —dijo Bennett—, la verdad es que posee energía y vitalidad auténticas y superiores a cualquiera de los momentos que yo recuerdo. Tampoco su cerebro estuvo nunca más despierto. Pero no es él; no es nunca el mismo hombre que nosotros conocíamos.

—No creo que tengan ustedes nada que temer por lo menos durante una semana —contestó Holmes—. Yo soy hombre de muchas ocupaciones, y el doctor Watson tiene que atender a sus enfermos. Quedamos, entonces, de acuerdo en encontrarnos aquí a esta misma hora, el martes próximo, y mucho me sorprendería que no estemos entonces en condiciones de explicar las dificultades en que ustedes se encuentran, aunque quizá no podamos acabar con ellas antes de que volvamos a despedirnos de usted. Entretanto, ténganos al corriente de cuanto ocurra por correo.

No vi a mi amigo durante los siguientes días, pero el lunes siguiente recibí una breve carta suya pidiéndome que me reuniese con él al día siguiente en el tren. De lo que me dijo mientras viajábamos en dirección a Camford, deduje que todo marchaba bien, que no había sufrido ningún encrespamiento la paz en el hogar del señor profesor, y que la conducta de éste era completamente normal. Este informe nos lo confirmó personalmente Bennett, cuando vino a visitarnos aquella velada en nuestro anterior hospedaje del Chequers.

—Hoy ha tenido noticias de su corresponsal<sup>(con quien se tiene correspondencia postal)</sup> en Londres. Recibió una carta y un paquetito, ambos con la marca de la cruz debajo del sello, la cual me advierte que no la debo tocar. No ha habido nada más.

—Eso nos sirve de bien poco —dijo Holmes desagradablemente—. Creo señor Bennett, que deberíamos llegar a alguna conclusión esta noche. Si mis deducciones son correctas deberemos tener una oportunidad de resolver este asunto. A fin de hacerlo es necesario mantener al profesor bajo observación. Sugiero, en consecuencia, que permanezca despierto y de



guardia. Si lo escucha pasar por su puerta, no lo interrumpa, pero sígalo discretamente. El Dr. Watson y yo no estaremos muy lejos. ¿A propósito, dónde está la llave de esa pequeña caja de la que habló?

—En la cadena de su reloj.

—Imagino que nuestras investigaciones irán en esa dirección. En el peor de los casos la cerradura no será muy imponente. ¿Tiene algún otro robusto hombre en el servicio?

—Está el cochero, McPhail.

—¿Dónde duerme?

—Sobre los establos.

—Posiblemente lo necesitaremos. Bien, no podemos hacer nada más hasta que veamos cómo se desarrollan los hechos. Adiós... pero espero que nos veamos antes del amanecer.

Fue cerca de la medianoche cuando nos ocultamos en nuestros puestos situados entre algunos arbustos inmediatamente opuestos al corredor de la puerta del profesor. Era una noche clara, pero fría, y estábamos contentos de llevar nuestros cálidos abrigos. Soplaban ráfagas de viento, y las nubes se deslizaban a través del cielo, oscureciendo de tanto en tanto la media luna. Hubiera sido una vigilia deprimente si no fuera por la expectativa, la excitación, y la seguridad de mi camarada de que probablemente llegaríamos al final de esta extraña secuencia de acontecimientos que habían captado nuestra atención.

—Si el ciclo de nueve días se mantiene entonces tendremos al profesor en su peor estado esta noche —dijo Holmes—. El hecho de que estos extraños síntomas empezaran después de su visita a Praga, que está en correspondencia secreta con un comerciante bohemio en Londres, quien presumiblemente representa a alguien en Praga, y que recibió un paquete de él este mismo día; todo apunta a una dirección. Lo que ingiere y por qué lo ingiere aún está más allá de nuestro alcance, pero que emana de alguna forma desde Praga es claramente evidente. Lo toma bajo estrictas directivas que regulan este ciclo de nueve días, que fue el primer punto que atrajo mi atención. Pero sus síntomas son lo más sobresaliente. ¿Ha observado sus nudillos?

Debí confesar que no lo había hecho.

—Gruesos y duros de una forma que es considerablemente nueva para mi experiencia. Siempre mire a las manos primero, Watson. Luego los puños,

pantalones, rodillas y botas. Muy curiosos nudillos los cuales sólo pueden ser explicados por el modo de progresión observado por... —Holmes se detuvo y repentinamente chocó sus manos contra su frente—. ¡Oh, Watson, Watson, que tonto he sido! Parece increíble, y aún con todo debe ser verdad. Todo apunta en una dirección. ¿Cómo pude perderme viendo la conexión de las ideas? ¿Esos nudillos, cómo pude pasar por alto esos nudillos? ¡Y el perro! ¡Y la hiedra! Es seguramente por el tiempo que pasé dentro de esa pequeña granja de mis sueños (tal vez se refiera a la granja donde quiere retirarse para dedicarse a la apicultura). ¡Preste atención, Watson! ¡Aquí está! Tendremos la oportunidad de verlo por nosotros mismos.

La puerta del vestíbulo se abrió lentamente y contra el fondo luminoso vimos la alta figura del profesor Presbury. Estaba vestido con su bata de noche. Mientras permanecía delineado en la entrada estaba erecto pero inclinándose hacia delante con los brazos colgados, como cuando lo vimos la última vez. Ahora se adelantó en el camino, y con un extraordinario cambio se dirigió hacia nosotros. Se hundió en una posición agazapada y se movió a lo largo con sus manos y pies, saltando de vez en cuando como si estuviera desbordado de energía y vitalidad. Se movió a lo largo de la fachada de la casa y luego giró en la esquina. Cuando desapareció, Bennett se deslizó a través de la puerta del vestíbulo y lentamente lo siguió.

—¡Venga, Watson, venga! —exclamó Holmes.

Y avanzamos, con paso todo lo suave y furtivo que nos fue posible, por entre los arbustos, hasta alcanzar un puesto desde el que podíamos ver el otro lado de la casa, que aparecía bañado en la luz de la media Luna. Divisábamos con claridad al profesor en cuclillas, al pie de la pared cubierta de hiedra. Mientras lo estábamos mirando, se lanzó súbitamente a trepar por la planta con increíble agilidad. Saltaba de rama en rama, seguro de pie y firme de garra, trepando como si lo hiciera por el simple gozo de poner a prueba su propia energía y sin ninguna otra finalidad concreta. Su bata, que aleteaba a uno y otro lado de su cuerpo le daba el aspecto de un gigantesco murciélago, pegado contra la pared de su propia casa; era una gran mancha negra cuadrada, sobre la pared iluminada por la luz de la Luna. De pronto se cansó de esta diversión, y, dejándose caer de rama en rama, saltó al suelo en su actitud anterior, y se dirigió hacia las caballerizas, reptando de la misma manera que antes. El perro lobo estaba ya fuera de sus casillas, ladrando furiosamente, más excitado que nunca en cuanto distinguió a su amo. Tiraba con fuerza de su cadena, y temblaba de ansia y de furor. El profesor se agazapó muy calculadamente fuera del alcance del perro y empezó a provocarlo de todas las maneras que le fue posible. Agarró puñados de piedrecitas del paseo y se las tiró al perro a la cara, lo hostigó con una estaca que agarró por allí, pasó sus manos sólo a algunos centímetros de distancia de las fauces abiertas del animal, y se esforzó por aumentar su furia de cuantas maneras le fue posible, aunque el perro había perdido ya todo

control. No recuerdo haber presenciado en todas nuestras aventuras espectáculo más extraño que el que presentaba aquella figura impasible y digna todavía; agazapada al estilo de rana en el suelo, y azuzando al animal ya enloquecido para que se lanzase a arrebatos de furor todavía más salvajes, recurriendo para ello a los medios de la crueldad más ingeniosa y calculada, aunque el perro saltaba enfurecido delante de él.

¡Y de pronto ocurrió lo inesperado! No se rompió la cadena, sino que se deslizó el collar, fabricado para un perro de Terranova, de cuello más grueso. Oímos el tintineo de la cadena al caer al suelo, y un instante después, el perro y el hombre rodaban juntos por tierra; uno, rugiendo de furor; el otro, lanzando un chillido de terror que tenía una extraña vibración de falsete. Fue un momento de peligro inminente para la vida del profesor. El salvaje animal lo había agarrado bien por el cuello, y sus colmillos habían penetrado profundamente. El profesor había perdido el conocimiento antes de que pudiéramos llegar y separar al perro. Quizá habría sido una tarea peligrosa para nosotros, pero la voz y la presencia de Bennett hicieron entrar instantáneamente en razón al gran perro lobo. El estruendo había hecho bajar de su habitación de encima de las caballerizas al cochero, soñoliento.

—No me sorprende —dijo moviendo de un lado a otro la cabeza—. Lo he visto haciendo lo mismo. Estaba seguro de que un día u otro el perro le clavaría el diente.

Se ató al perro lobo, y entre todos llevamos al profesor a su habitación del piso superior. Bennett, que tenía el título de médico, me ayudó a curarlo y vendarle el cuello. Los afilados dientes habían pasado peligrosamente cerca de la carótida, y la hemorragia era grande. El peligro pasó al cabo de media hora. Yo le había dado al paciente una inyección de morfina, y se había quedado profundamente dormido. Entonces, y sólo entonces, pudimos mirarnos unos a otros y hacer un inventario de la situación.

—Creo que debería verlo un cirujano de primera clase —dije yo.

—¡No, por amor de Dios! —exclamó Bennett—. Por el momento, ha quedado reducido el escándalo a nuestra propia casa. De nosotros no saldrá. Si va más allá de estos muros no habrá ya quien lo detenga. Piensen ustedes en la posición que ocupa en la Universidad, en la fama de que goza en toda Europa y en los sentimientos de su hija.

—Tiene razón —dijo Holmes—. Creo que es muy posible hacer que el asunto quede entre nosotros, e impedir también la recaída ahora que podemos actuar libremente. Deme la llave de la cadena del reloj, Bennett. McPhail se quedará cuidando al enfermo y nos avisará si ocurre algo. Vamos a ver qué encontramos en la misteriosa caja del profesor.

No era mucho lo que dentro de ella había, pero lo suficiente; una ampolla vacía, otra casi llena, una jeringa hipodérmica, varias cartas en letra embrollada y extranjera. Las señales que traían los sobres indicaban que éstas eran las que habían perturbado la rutina de las tareas del secretario, y todas ellas estaban fechadas en la «Commercial Road», y firmadas A. Dorak. Consistían en simples facturas que anunciaban que se había enviado una nueva botella al profesor Presbury, o en recibos del dinero cobrado. Sin embargo, había otro sobre más, escrito en otra letra, con sello de Austria y fechado en Praga.

— ¡Aquí es donde tenemos el material que necesitamos! — exclamó

Holmes, sacando la carta de dentro del sobre. Decía así:

*«Ilustre colega: Desde que recibí su apreciada visita, he pensado mucho en su caso, y a pesar de que en las circunstancias en que usted se encuentra existen razones especiales para someterse al tratamiento, yo le aconsejaría, no obstante, cautela, porque mis experiencias me han demostrado que no está exento de determinados peligros.*

*Quizá habría sido preferible el suero de antropoide. Según ya lo tengo explicado, me he servido en esta ocasión del “langur carinegro” por tener a mano un ejemplar. Ya sabe que el langur es un animal que reptar y trepar, en tanto que el antropoide camina erecto, y nos resulta en todo sentido más cercano.*

*Le suplico que tome todas las precauciones posibles, a fin de que no se produzca una divulgación prematura del procedimiento. No tengo en Inglaterra sino otro cliente directo, y Dorak actúa como mi agente para los dos.*

*Agradecería informes semanales.*

*De usted, con la más alta estima.*

**H. LOWENSTEIN».**

¡Lowenstein! Ese apellido me trajo a la memoria el recuerdo de algún recorte de periódico en el que se hablaba de un oscuro hombre de ciencia que trabajaba para descubrir, por procedimientos desconocidos todavía, el secreto del rejuvenecimiento y el elixir de la vida, ¡Lowenstein, de Praga! Lowenstein, el del prodigioso suero vigorizador, al que la profesión médica había declarado tabú, porque se negaba a descubrir la fuente de que lo extraía. Expliqué en pocas palabras lo que recordaba.

Bennett había echado mano a los estantes de un manual de zoología. Y leyó:

—Langur, el gran mono carinegro de las vertientes del Himalaya, el más corpulento y más humano de los monos trepadores. Vienen aquí muchos más detalles. Bueno, señor Holmes, es evidente que, gracias a usted, hemos podido seguir el mal hasta su misma fuente.

—La verdadera fuente —dijo Holmes— está, como es natural, en ese amor extemporáneo que dio a nuestro impetuoso profesor la idea de que sólo podría conseguir su anhelo rejuveneciéndose. Cuando se intenta sobreponerse a la naturaleza se corre el riesgo de caer bajo ella. El más elevado tipo de hombre puede retroceder hasta el puro animal, si se aparta del sendero recto de su destino.

Permaneció unos momentos sentado, con la ampolla en la mano, contemplando el líquido interior.

—En cuanto yo escriba a este hombre diciéndole que lo hago criminalmente responsable de los venenos que pone en circulación, desaparecerán para siempre las molestias. Podría, sin embargo, reincidir. Y quizás otros descubran procedimientos mejores. Ahí se encierra un peligro; un verdadero peligro para la humanidad. Piense, Watson, en que los hombres materialistas, los sensuales, los mundanos, querrían todos prolongar sus indignas vidas. Los espiritualistas, en cambio, no esquivarían la llamada o algo más elevado. Sería la supervivencia de los menos aptos. ¿En qué clase de pozo negro se convertiría nuestro mundo?

De pronto, se esfumó el ensoñador, y Holmes, el hombre de acción, saltó de su silla.

—Señor Bennett, creo que ya no queda nada por decir. Los diversos incidentes encajarán ahora perfectamente dentro del plan general. Desde luego, el perro advirtió el cambio mucho más rápidamente que ustedes. Le bastaba para ello con el olfato. Roy no acometió al profesor, sino al mono, de la misma manera que era el mono quien hostigaba a Roy. Trepar constituía para este animal un placer, y creo que fue pura casualidad que durante esa diversión llegase a la ventana de la joven. Watson, hay un tren muy temprano para Londres, pero creo que nos dará tiempo a tomar en el Chequers una taza de té antes de ir a la estación.

¿Deseas continuar las aventuras de nuestro famoso detective?

Encuentra **todos** los libros GRATUITOS de Holmes y Watson en  
[SherlockHolmes.page](http://SherlockHolmes.page)



**SherlockHolmes.page**